

La eficiencia energética: el primer activo estratégico de la transición

- La transición energética no se construye únicamente añadiendo nueva capacidad renovable; se consolida, sobre todo, utilizando de forma más eficiente cada kilovatio disponible.



La eficiencia energética: el primer activo estratégico de la transición

<https://elperiodicodelaenergia.com/la-eficiencia-energetica-el-primer-activo-estrategico-de-la-transicion/>

Óscar García

Jueves, 05 marzo 2026

Cada 5 de marzo, el Día de la Eficiencia Energética nos invita a reflexionar sobre una idea que, aunque repetida, sigue siendo profundamente vigente: la energía más sostenible es aquella que no llegamos a consumir. Sin embargo, reducir la eficiencia energética a un mero principio teórico sería un error. Hoy, más que nunca, constituye el primer activo estratégico de la transición energética y un pilar esencial en la gestión de las operaciones energéticas.

En un contexto marcado por la electrificación creciente, la integración masiva de energías renovables y la volatilidad de los mercados, la eficiencia ya no puede entenderse únicamente como una medida de ahorro. Es una herramienta estructural para garantizar competitividad industrial, seguridad de suministro y resiliencia del sistema. En este escenario, además, el conocido trilema energético — sostenibilidad, seguridad y coste— adquiere una nueva dimensión, donde optimizar el uso de la energía se convierte en un elemento clave para equilibrar estos tres factores de forma sostenible en el tiempo.

Desde el punto de vista operativo, la eficiencia energética ha evolucionado de un enfoque centrado en equipos individuales a una visión sistémica. Ya no se trata solo de instalar tecnologías más eficientes, sino de optimizar el funcionamiento conjunto de activos, redes y demanda. La gestión avanzada de la demanda, el almacenamiento energético y la flexibilidad del sistema son hoy elementos inseparables de cualquier estrategia moderna de eficiencia. Esta perspectiva sistémica obliga además a considerar las interdependencias entre generación, distribución, consumo y

almacenamiento, así como el impacto que las decisiones operativas tienen en el equilibrio global del sistema.

La digitalización

La digitalización está desempeñando un papel decisivo en esta transformación. Tecnologías como la sensorización avanzada, el Internet de las Cosas (IoT), los sistemas de gestión energética (EMS), la analítica de datos o la inteligencia artificial permiten monitorizar, predecir y optimizar el consumo en tiempo real. El paso de modelos reactivos a modelos predictivos está redefiniendo la forma en que operamos infraestructuras energéticas complejas. La disponibilidad de grandes volúmenes de datos operativos, combinada con capacidades analíticas avanzadas, abre además la puerta a nuevos modelos de optimización energética basados en aprendizaje automático y simulación.

En el ámbito industrial, por ejemplo, la combinación de electrificación eficiente, automatización y análisis de datos está permitiendo reducir consumos específicos sin comprometer la productividad. En el entorno de redes, la evolución hacia smart grids facilita integrar generación distribuida y autoconsumo manteniendo estabilidad y calidad de suministro. Y en los edificios, la gestión inteligente convierte al consumidor en un actor activo del sistema energético. En todos estos ámbitos, la eficiencia energética se consolida como un elemento transversal que conecta innovación tecnológica, gestión operativa y estrategia empresarial.

No obstante, la tecnología por sí sola no garantiza resultados. La eficiencia energética exige gobernanza, métricas claras y liderazgo. Requiere integrar criterios energéticos en la toma de decisiones estratégicas y operativas, desde la planificación de inversiones hasta la gestión diaria de activos. En mi experiencia dentro del ámbito de las operaciones energéticas, los mayores avances no provienen únicamente de la innovación tecnológica, sino de la capacidad de las organizaciones para incorporar la eficiencia como parte de su cultura operativa. Esto implica desarrollar capacidades internas, establecer indicadores de desempeño energético y fomentar una visión transversal que conecte áreas técnicas, operativas y de negocio.

Mayor autonomía energética

Además, la eficiencia energética tiene una dimensión geoestratégica que no debemos subestimar. Reducir la intensidad energética disminuye la dependencia de recursos externos, mitiga la exposición a crisis de precios y refuerza la autonomía energética. En un escenario internacional marcado por tensiones geopolíticas, volatilidad en los mercados energéticos y competencia por recursos críticos, mejorar la eficiencia se convierte también en una herramienta de estabilidad económica y estratégica. En este sentido, la eficiencia no solo contribuye a los objetivos climáticos, sino que fortalece la estabilidad económica y la seguridad del sistema.

La próxima década estará marcada por una eficiencia más inteligente, más digital y más integrada. La convergencia entre energía, datos y operaciones configurará un nuevo paradigma donde optimizar será tan importante como generar. En este nuevo escenario, la capacidad de gestionar información energética en tiempo real y de coordinar múltiples activos distribuidos será determinante para alcanzar sistemas energéticos más eficientes, flexibles y resilientes.

Podría concluir resaltando que el recurso más abundante y accesible que tenemos es la capacidad de gestionar mejor lo que ya producimos. La transición energética no se construye únicamente añadiendo nueva capacidad renovable; se consolida, sobre todo, utilizando de forma más eficiente cada kilovatio disponible.

Porque, en definitiva, la eficiencia energética no es una opción técnica: es una responsabilidad estratégica.

Óscar García es Pdte. del Comité de Expertos de Innovación para la eficiencia en Operaciones del Sector Energético.